

GEORGE ORWELL

LA HISTORIA SE DETUVO EN 1936

Recuerdos y aprendizajes
de la guerra en España

s e r i e c e r o

Índice

Introducción	7
Prefacio del autor a la edición ucraniana de <i>Rebelión en la granja</i>	13
La verdad sobre la guerra de España	21
Por qué me uno a la ILP	35
Notas sobre las milicias españolas	39
A vueltas con la guerra de España	61

Introducción

A finales de 1936, pocos meses después de que empezara la guerra, un joven Orwell desgarrado y con aires aristocráticos desembarca en el bulli-cio revolucionario de Barcelona. Venía armado con una credencial de periodista emitida por el Partido Laborista Independiente, el ILP, hermanado con el Partido Obrero de Unificación Marxista, el POUM, en un variopinto conglomerado de organizaciones políticas a la vez antirreformistas y antiautoritarias conocido como Buró de Londres o «Internacional Tres y media», por situarse a medio camino entre la Segunda Internacional —socialdemócrata— y la Tercera, la del Komintern estalinista.

Antes de llegar a España, Orwell ya se definía como socialista con una visión más moral que teórica —*socialismo significa simplemente justicia y libertad*—. Criticaba duramente a los intelectuales de clase media, a los que consideraba desconectados de la realidad obrera. Él mismo intentaba librarse de los prejuicios de clase que arrastraba desde sus años de Birmania y su educación en Eton. Su viaje al norte de Inglaterra para observar de primera mano las condiciones de los mineros (que relata en la primera parte del escrito sobre Wigan Pier) fue el preámbulo de su compromiso político antes de decidirse por viajar a

España, en principio para informar sobre la guerra. No obstante, pronto se encontró en las trincheras del frente de Aragón y poco después, por razones muchas veces contadas, que aparecerán en las páginas que siguen, en las barricadas de Barcelona, donde experimentará la revelación que moldeará el curso restante de su vida y, hasta cierto punto, el de la democracia occidental.



A su llegada a Barcelona en diciembre de 1936, Orwell quedó desconcertado. La ciudad no era lo que se esperaba de la retaguardia de una contienda civil, sino más bien el epicentro de una revolución social en marcha. Aparentemente, el control obrero era absoluto: los hoteles estaban colectivizados, numerosas iglesias habían ardido, otras muchas se usaban como almacenes y había gente por todos lados interpeándose unos a otros como «camarada». Una suerte de epifanía política para un inglés entusiasta recién llegado.

Sin embargo, los primeros días revelaron que la fachada de unidad antifascista escondía la tensión propia de algo inminente y definitivo. Los motivos eran múltiples, pero se podrían reducir a uno: el anhelo de revolución. Para los anarquistas y socialistas heterodoxos del POUM, guerra y revolución debían necesariamente avanzar unidas. Su tesis era simple: los objetivos de la lucha obrera —la abolición de la propiedad privada de los medios de producción o la liberación de la mujer en el

entorno de la familia, por mencionar dos ejemplos clásicos— debían verse cumplidos en cada victoria, en cada pueblo y cada casa arrebatada al enemigo. El Gobierno de la República y, muy especialmente los líderes del Partido Comunista, bajo la influencia directa de Moscú —entonces inmersa en las purgas y la histeria antitrotskista—, sostenían la tesis contraria: «Primero ganar la guerra, luego hacer la revolución». Intentaban, como se sabe, proyectar una imagen homologable de democracia liberal burguesa para atraer el apoyo de las potencias occidentales. Entonces, apoyado por la URSS, el gobierno de la República puso en marcha un proceso de centralización destinado a desarmar las milicias obreras. Fin del idilio revolucionario.

Orwell experimentó en primera persona los célebres Sucesos de Mayo de 1937. Vio cómo el fervor subversivo se tornó en miedo. La ilegalización del POUM y la persecución de sus miembros —incluyéndolo a él, que tuvo que huir de España para evitar la cárcel o el fusilamiento— representaron la culminación de una revolución traicionada.



En sus textos de 1937 y 1938, especialmente en las agudas críticas publicadas en el *New English Weekly*, Orwell disecciona con precisión el nacimiento de lo que llamó el «mito soviético». La experiencia en España le descubrió la existencia de una perfeccionada técnica de difamación que resultaba casi sobrenatural a un espíritu británico educado en una

Prefacio del autor a la edición ucraniana de *Rebelión en la granja*

Marzo de 1947

Me han pedido que escriba un prefacio a la traducción ucraniana de *Rebelión en la granja*. Soy consciente de que escribo para lectores de quienes no sé nada, pero también de que ellos probablemente jamás han tenido la oportunidad de saber algo de mí.

Seguramente esperen que cuente cómo se originó el libro, pero primero me gustaría decir algo acerca de mí y de las experiencias por las que llegué a mi postura política.

Nací en la India en 1903. Mi padre era un oficial de la administración inglesa allí, y mi familia una de esas familias típicas de clase media de soldados, sacerdotes, funcionarios estatales, maestros, abogados, doctores, etc. Me eduqué en Eton, la más cara y elitista de las escuelas inglesas. Pero si estuve allí fue por una beca, de lo contrario, mi padre no hubiera podido enviarme a una escuela de ese tipo.

Tan pronto terminé la escuela —no tenía aún ni veinte años— partí hacia Birmania y me enlisté en la Policía Imperial de la India. Era esta una policía armada, una suerte de *gendarmerie* similar a la Guardia Civil española o la *Garde Mobile* en Francia. Permanecí cinco años en el servicio. Nunca terminé de encajar y me hizo detestar el imperialismo, aunque en aquella época los sentimientos nacionalistas en Birmania no estaban demasiado exacerbados y las relaciones entre ingleses y birmanos no eran particularmente hostiles. Durante un permiso en Inglaterra en 1927 renuncié al servicio y decidí convertirme en escritor, al principio sin especial éxito. Entre 1928 y 1929 viví en París y escribí relatos cortos y novelas que nadie quería publicar —he tenido tiempo de destruirlo todo—. En los años siguientes subsistí como pude y pasé hambre en varias ocasiones. Solo a partir de 1934 pude vivir de lo que ganaba escribiendo. Mientras tanto, a veces pasaba meses entre los desgraciados y delincuentes que habitaban las peores zonas de los barrios más pobres, o entre los que vivían en la calle, mendigando y robando. En aquella época me relacionaba con ellos por falta de recursos, pero más adelante su forma de vida me interesó mucho por sí misma. Pasé muchos meses —esta vez de forma más sistemática— estudiando las condiciones de los mineros del norte de Inglaterra. Hasta 1930, en general, no me consideré socialista. De hecho, no tuve opiniones políticas claramente definidas. Simpaticé con el socialismo más por el disgusto que me producía la forma en que se oprimía y descuidaba a la parte más pobre de los

trabajadores industriales que por admiración teórica hacia la sociedad planificada.

En 1936 me casé. Casi esa misma semana estalló la guerra civil española. Mi mujer y yo queríamos ir a España y luchar por la República. Estuvimos listos tan pronto como terminé el libro que estaba escribiendo. En España pasé casi seis meses en el frente de Aragón hasta que un francotirador fascista me alcanzó en la garganta en Huesca.

Durante las primeras etapas de la guerra los extranjeros sabíamos muy poco de las luchas internas existentes entre los distintos partidos políticos que apoyaban al gobierno de la República. Por una serie de casualidades, no me uní a las Brigadas Internacionales como la mayoría de los extranjeros, sino a la milicia del POUM, es decir, los trotskistas españoles.

Así que, a mediados de 1937, cuando los comunistas tomaron el control (o un control parcial) del Gobierno español y comenzaron a perseguir a los trotskistas, ellos y yo nos encontramos entre las víctimas. Tuvimos mucha suerte de salir vivos de España y de no haber sido arrestados ni una sola vez. Muchos de nuestros amigos fueron fusilados y otros pasaron mucho tiempo en prisión o simplemente desaparecieron.

Estas cacerías de hombres en España se produjeron al mismo tiempo que las grandes purgas en la URSS, de las que no fueron más que una especie de complemento. Tanto en España como en Rusia, la naturaleza de las acusaciones —a saber, conspiración con los fascistas— era la misma y, en lo que respecta a España, me sobran razones para creer que las

La verdad sobre la guerra en España

New English Weekly, 29 de julio
y 2 de septiembre de 1937

I

Probablemente la guerra española haya generado más mentiras que cualquier otro acontecimiento desde la Gran Guerra de 1914, aunque dudo sinceramente que hayan sido los periódicos de inclinación fascista los que han causado el mayor daño, a pesar de esos aquelarres de monjas violadas y crucificadas ante los propios ojos de los reporteros del *Daily Mail*. Son los periódicos de izquierda, el *News Chronicle* y el *Daily Worker*, con métodos de distorsión mucho más sutiles, los que han impedido al público británico comprender la verdadera naturaleza de esta lucha.

El hecho que estos periódicos han ocultado tan cuidadosamente es que el Gobierno español (incluido el Gobierno semiautónomo de Cataluña) teme mucho más a la revolución que a los fascistas. Ahora caben pocas dudas de que la guerra terminará con

algún tipo de acuerdo, de hecho, incluso hay motivos para dudar de que la República, que dejó caer Bilbao sin mover un dedo, desee una victoria demasiado rotunda; sin embargo, no cabe ninguna duda sobre la contundencia con la que está aplastando a sus propios revolucionarios. Desde hace algún tiempo se está llevando a cabo un régimen de terror: represión violenta de partidos políticos, censura asfixiante de la prensa, espionaje incesante y encarcelamientos masivos sin juicio. Cuando salí de Barcelona a finales de junio, las cárceles estaban abarrotadas; de hecho, las cárceles normales se habían desbordado hacía tiempo y los presos estaban hacinados en tiendas vacías o cualquier otro lugar apañado temporalmente para albergarlos. Hay que destacar, no obstante, que los individuos que están ahora en prisión no son fascistas, sino revolucionarios; no están allí porque sus opiniones sean demasiado de derechas, sino porque son demasiado de izquierdas. Y los responsables de haberlos metido allí son esos temibles revolucionarios cuyo nombre hace temblar de pánico a James Louis Garvin: los comunistas.

Mientras tanto, la guerra contra Franco continúa, aunque, exceptuando a los pobres diablos de las trincheras del frente, nadie en la República parece tomársela en serio. La verdadera lucha es entre revolución y contrarrevolución; entre los trabajadores que intentan en vano conservar un poco de lo que consiguieron en 1936 y que el bloque liberal-comunista les está arrebatando con tanto éxito. Es lamentable que tan poca gente en Inglaterra se haya dado cuenta de que el comunismo se ha convertido en una fuerza

contrarrevolucionaria; que los comunistas de todo el mundo están aliados con el reformismo burgués y utilizan toda su poderosa maquinaria para aplastar o desacreditar a cualquier partido que haga muestra de tendencias revolucionarias. De ahí el grotesco espectáculo que supone atacar a los comunistas como malvados «rojos» por parte de los intelectuales de derecha que, en esencia, comparten fines con ellos. Mr. Wyndham Lewis, por ejemplo, debería amar a los comunistas, al menos temporalmente. La alianza comunista-liberal en España ha salido casi completamente victoriosa. De todo lo que los trabajadores españoles consiguieron por sí mismos en 1936 no queda nada sólido, salvo unas pocas granjas colectivas y cierta cantidad de tierras confiscadas por los campesinos el año pasado; y es de suponer que también esos campesinos serán sacrificados más adelante, cuando ya no sea necesario apaciguarlos. Para comprender cómo se ha llegado a la situación actual, hay que remontarse a los orígenes de la guerra civil.

Lo que diferencia a la lucha por el poder de Franco de la de Hitler y Mussolini es que la suya es una insurrección militar, comparable a una invasión extranjera, por lo que no contaba con gran apoyo popular, aunque desde entonces no ha intentado otra cosa más que conseguirlo. Sus principales partidarios, aparte de ciertos sectores de la gran industria, eran la aristocracia terrateniente y la enorme y parasitaria Iglesia. Es obvio que un levantamiento de este tipo enfrentará a fuerzas muy diversas con pocos puntos de acuerdo entre ellas. Los campesinos y los trabajadores detestan el feudalismo y el clericalismo, como

también lo odian los burgueses «liberales», que no se oponen en absoluto a versiones más modernas del fascismo, siempre y cuando no se le llame fascismo. Los burgueses «liberales» son genuinamente liberales solo hasta donde llegan sus propios intereses. Defienden el grado de progreso que cabe en la frase «*la carrière ouverte aux talents*» [la carrera abierta a los talentos]. Porque sus posibilidades de crecer estarían claramente limitadas en una sociedad feudal en la que el obrero y el campesino son demasiado pobres para adquirir bienes, en la que la industria se ve consumida por exorbitantes impuestos destinados a pagar los ropajes de los obispos, y en la que los puestos lucrativos se conceden como algo de lo más natural al amigo del catamito del hijo ilegítimo del duque. Por lo tanto, ante un reaccionario indisimulado como Franco se produce durante algún tiempo una situación en la que el obrero y el burgués, enemigos mortales en realidad, luchan codo con codo. Esta incómoda alianza se conoce como Frente Popular —o, en la prensa comunista, para darle un espurio atractivo democrático, el Frente del Pueblo—. Un acoplamiento con tanta vitalidad y tanto derecho a existir como un cerdo con dos cabezas o cualquier otra monstruosidad propia de un circo de los horrores.

La contradicción interna del Frente Popular está destinada a hacerse sentir ante la primera emergencia grave. Porque incluso cuando el obrero y el burgués luchan juntos contra el fascismo, no lo hacen por las mismas cosas; el burgués lucha por la democracia burguesa, *es decir*, por el capitalismo, y el obrero, en la medida en que es consciente de la situación, por